

Las Musas de mi Vida  
**2. El inquilino de al lado**

2017

© 1999-2017 Mauro Martín Chicmul Chan

**Imagen de portada cortesía del usuario pixel2013, disponible bajo Creative Commons Public Domain, a través de Pixabay.com (<https://pixabay.com/es/flor-silvestre-flor-se%C3%B1al%C3%B3-flor-2226095/>)**

**Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley Federal de Derechos de Autor en México y otras leyes similares en otros países, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de esta obra intelectual.**

**Cualquier infracción a los derechos de autor de esta obra, así como todas sus formas, puede ser constitutiva de delito, de acuerdo a la Ley Federal de Derechos de Autor, vigente en México, así como también en otras leyes similares en otros países.**

**Derechos de Autor en Trámite.**

## Sobre la Musa por la que se inspiró esta historia

Amelia Cristina Kuc Koyoc fue el nombre de una niña que conocí cuando cursaba los primeros años de la primaria. Era una niña muy estudiosa, tranquila y, por lo general, juguetona. Le gustaba jugar tanto con niñas como con niños. En una ocasión, cuando estaba en cuarto grado, me tocó sentarme junto con ella en uno de los entonces mesabancos.

La razón por la cual la incluyo como una musa fue gracias a un sueño que tuve, que comenzó con una historia que empezó con una boda, para después finalizar con un largo paseo por la playa, en el que me vi con traje de novio y todo, pero cargando entre mis brazos a tan semejante criatura. Ella se veía bastante contenta desde aquella posición, se veía muy hermosa con ese traje de novia blanco lleno de encajes bastante simétricos y amoldables a su figura. Y, desde entonces, no dejé de pensar en ella como una posibilidad, no sólo para hacerme amigo de ella, sino también para hacerla mi novia en aquel entonces.

Sinceramente, la recuerdo ahora como una ex compañera de salón con la cual conviví un par de veces. Desde que salí de la primaria, nunca jamás llegué a saber más de ella. Confieso que intenté rastrearla por internet, pero su nombre nunca apareció por ninguna parte, era como si nunca hubiese existido, o bien, a ella nunca le hubiera interesado utilizar una computadora, ni siquiera para conectarse y usar las redes sociales, que ahora andan muy de moda.

Desde este lado de mi escritorio, y por medio de estas líneas, quisiera desearle a Amelia mis más gratos saludos. No deseo verla muy pronto, pues no tendría caso, además, ella ya tiene su vida hecha, al igual que la mía.

Sin más que decir, eso es todo. Continúe leyendo esta lectura, no lo interrumpo más.

# La Historia

## Capítulo 1

Aquella fiesta de graduación resultaba de lo más increíble, algo jamás presenciado por la misma Amelia, una de las chicas más populares de su escuela. Se recién graduó con honores, y hace unos momentos disfrutó de la fiesta como ninguna otra.

Estando a punto de acabar la ceremonia, estaba yéndose en compañía de un compañero de salón, con quien compartió muchas aventuras, alegrías, penas y tristezas. Ambos recorrían la calle, a la vez que platicaban. La distancia entre la escuela y su casa era algo lejana, cerca de siete cuadras yéndose por el camino más despejado y concurrente.

Justo en ese momento, unos asaltantes con capucha hacen acto de presencia, con la intención de quitarles todo lo que tuvieran de valor. José Roberto intentó desafiar a esos maleantes, pero rápidamente resultó embestido por aquellos sujetos, los cuales, uno de ellos le clavó un cuchillo justo debajo de su vientre. Y el pobre muchachito, ya se encontraba desangrando terriblemente allí mismo en el fresco y duro suelo de la calle.

Amelia se acercó inmediatamente a asistir de alguna manera a José Roberto. No deseaba irse de allí, pero José Roberto le dijo entre chorros de sangre que salían por su boca:

—Ve, nena, salva tu vida, yo hasta aquí llegué. ¡Sa... Sa... Sa... Sálvate!

—¡No José! —replicó ella, aterrada al ver aquella escena en la que su amigo corría serio peligro—No te dejaré ir.

—¡Tienes que hacerlo! —dijo él, al mismo tiempo en que tocó con sus manos los hombros de la chica, para después terminar de morir allí. Al ver que ya no se movía, la chica comenzó a llorar amargamente sobre el cuerpo ya inerte de José. No obstante, escuchó los pasos de uno de los maleantes, y al voltear hacia arriba, miró el rostro de uno de ellos. Se sintió perturbada, asustada, con deseos de huir de allí.

Rápidamente salió corriendo de allí y aquellos dos tipos fueron tras ella. La chica corrió a más no poder, no viendo siquiera la calle que

estaba tomando, ni los pocos coches que iban pasando; y al cruzar por la carretera es arrollada de manera brusca por un auto que iba pasando por allí a toda velocidad.

El auto se detuvo de manera brusca, y su conductor salió al encuentro, asegurándose de no haber cometido lo que creía acabara de hacer. Y para su desgracia, yacía allí la pobre de Amelia, tirada al suelo y en estado inconsciente. Cayó en el fresco, chapoteado y duro suelo carretero. Cayó sin reaccionar siquiera. Había quedado inconsciente. Y aquel infeliz conductor comenzó a temer en lo peor. ¿Y ahora qué hacer?

La miró fijamente, y por su mente comenzó a pasearse una pregunta sin respuesta: ¿Qué carajos hacía una muchacha como Amelia, sola y a altas horas de la noche, allí en plena calle? Y a juzgar por la vestimenta de la chica, cayó en la cuenta de que provenía de una fiesta.

También contempló lo hermosa que era, y más con ese vestido rojo vino puesto, pese a que ésta y su bello rostro, estaban un poco estropeados debido a la chapoteada y sucia carretera. Y ahora necesitaba atención urgente, por lo que, sin más, llamó a la ambulancia de inmediato.

Fue una cuestión de tiempo saber del estado de salud de Amelia. Y no fue sino hasta que la chica despertó al fin, preguntándose qué hacía allí acostada y con muchos dolores por el todo su cuerpo. ¿Qué fue lo que pasó? Ni siquiera ella misma podía dar respuesta a esa pregunta. Lo que le pasó fue tan inesperado como trágico, pues por poco y moría allí mismo, en medio de una terrible desesperación provocada por aquella persecución de la que había sido víctima. No moriría apuñalada por aquellos maleantes, ¿pero sí atropellada?

¿Y qué hay de José Roberto? Su rostro le llegó a ella como la rapidez de una bala, al igual que aquella situación de la que tuvo que ser testigo. Quería saber de aquel muchacho, pese a que ya sabía lo que le había pasado, tuvo que contemplarlo con sus propios ojos. Y ahora que estaba despierta, se dio cuenta de donde estaba y deseaba era salir de allí, no importándole la gravedad de sus heridas.

Sentía ganas de huir, de llorar, de desquitarse, lo que no era para menos. Fue testigo de la muerte rápida de su amigo, nunca pudo hacer nada por él, y el sentimiento de culpa comenzó a invadirla.

Repentinamente, una crisis emocional comenzó a apoderarse de ella de manera vertiginosa.

Los gritos despertaron a Fernando, quien se había quedado allí mismo en su cuarto, después de que el doctor le había emitido el diagnóstico. Era una suerte que ella estuviese viva y sin demasiados golpes, ni siquiera tuvo lesiones internas, por lo que sólo era cuestión de tiempo para que recobrarla la calma y se recuperase por completo.

Rápidamente, Fernando se apresuró a tranquilizarla.

—Quieta, señorita, tranquilícese, por favor. Está viva de milagro—decía Fernando, sin ningún éxito, pues la chica estaba más desesperada por salir de aquel lugar que quedarse allí.

—¡No! —replicaba ella—. Necesito saber qué me pasó, qué ocurrió con José, necesito salir de aquí, necesito saber qué le pasó a José Roberto, por favor. ¡Por favor! ¡Por favor...!

—Escúchame, saldrás de aquí pronto, pero tienes que tranquilizarte, ¿quieres? —le dijo a la vez que la mantenía sosteniéndola de los hombros—. ¡Cálmate!

Y la chica dejó de gritonear, para ver a aquel tipo a los ojos. Ambos se quedaron así por un momento, sólo para darse cuenta de que los dos estaban demasiado cerca, uno del otro.

## Capítulo 2

Justo en el momento en que aquellos dos jóvenes se encontraban intercambiando miradas, el doctor que atendía a la joven desde su ingreso al hospital hizo acto de presencia, y comenzó a diagnosticar a la joven. El cuadro resultaba favorable, la chica ya se encontraba fuera de peligro, no había daños internos. Por desgracia, no se había podido contactar a sus padres debido a que los números obtenidos no eran contestados. La chica vivía prácticamente sola desde hace tres años, con el fin de estudiar su universidad, la cual terminó con honores. ¡Y vaya honores!

Justo en el mismo día en que se graduaba tenía que pasarle una serie de desgracias tan graves. Primeramente, la asaltan, matan a su compañero de salón, la persiguen los mismos asaltantes que habían matado a su amigo, y, de último, la atropella un desconocido. Por cierto, éste último se encontraba allí, dispuesto a asumir la responsabilidad de su crimen.

Después de revisar a la joven, el médico se puso a conversar con Fernando.

—Debería darle vergüenza—le dijo—. ¿Cómo se le ocurrió atropellar a tan semejante criatura?

—No fue mi culpa, doctor—le replica el muchacho—. Ella se me atravesó en el camino. Nunca la vi mientras manejaba, su aparición fue tan repentina como todo esto; tan pronto como la vi, intenté frenar, pero ya era demasiado tarde. La chica se impactó contra mi auto, y cayó al suelo, inconsciente. Le confieso que pude haber huido, pero no lo hice. No soy de ningún modo un cobarde, incapaz de afrontar responsabilidades. De cualquier manera, asumo la responsabilidad de lo cometido.

—De acuerdo, en este caso, y de acuerdo a lo que usted acaba de decir con respecto al daño que le hizo a la señorita, “sin querer”, señor Fernando, temo que a usted le quedan sólo dos opciones: O enfrenta una demanda por daños y perjuicios, con posibilidad de cárcel sin derecho a fianza, o asume la responsabilidad dedicando una buena parte de su tiempo cuidando a la chica en su casa.

—¿Qué? ¿En mi casa? —dijo Fernando sorprendido por esta última condición del doctor—.

—¿Tiene algún problema, señor? Hace un momento dijo que asumiría la responsabilidad de sus actos.

—Sí, lo dije—replica él—, pero yo pensaba que tenía que pagar alguna indemnización o algo por el estilo, pero ¿cuidar de ella, y en mi casa? Por si fuera poco, ella ya se ve bastante grandecita como para que se cuide solita. ¿No lo cree?

—Pues sí, pero el problema es que ella está sola en estos momentos, sus padres no están aquí, y es muy difícil contactar con ellos, dado que los números de contacto proporcionados no funcionan. Además, le recuerdo que ella está en su pleno derecho de demandarlo a usted. Podemos ponernos de acuerdo entre los tres para que ella pueda recuperarse por completo en su casa. Además, usted me cae muy bien, no creo que usted la haya querido matar de una sola levantada y a propósito, usted no es de esas personas y eso se ve a leguas. Piénselo muy bien, y me avisa. Volveré en un rato.

El doctor se fue de aquel cuarto, dejando a Fernando con aquella chica nuevamente solos. Observó a Amelia. ¿Él cuidando de ella? Como si tuviera tiempo para hacer una cosa como esa. Era inconcebible. Nada de lo que él se hubiese esperado en un día tan ajetreado como el que tuvo justo anoche. Dicho en otras palabras, no se sentía con las ganas de cuidar de una joven.

Por otro lado, podría resultar bueno para él. Si había algo de lo que el médico tenía razón era que él todavía seguía estando en problemas. La chica ya estaba fuera de peligro, por lo que, en cualquier momento, estaría en plena disposición para interponer una demanda en su contra.

La miró nuevamente. Definitivamente era hermosa, aun con esos harapos de paciente de hospital. Y luego de mucho pensar, Fernando tomó una decisión. Cuidaría de ella, en su casa. Ya qué le quedaba al pobre.

Esa noche sería puesta en observación, por lo que, el día de mañana sería dada de alta por la tarde. Así que, lo idóneo sería traerle algo de ropa. Pero qué ropa más que del suyo propio, a menos que vaya a alguna boutique y le compre algo de allí. El caso está que, por el momento, y hasta que ella esté recuperada por completo, Amelia estaría bajo su cuidado y protección.



### Capítulo 3

Al día siguiente, Fernando regresó del hospital, con Amelia en el lado del copiloto de su auto. Iban rumbo a casa de él; y para cuando la chica vio el lugar para donde la llevaba aquel muchacho, reaccionó y le pidió a Fernando que mejor la lleve en la suya.

—Mejor llévame para mi casa—decía ella.

—Pero el doctor me dijo que no la deje sola en ningún momento. Además, sólo será por unos días, al menos por ahora, en lo que ubicamos tu casa.

—Pero es que no vivo muy lejos de aquí. De hecho, vivo junto a su casa.

—¿En serio? —dijo Fernando asombrado por lo que acaba de escuchar—. ¿Y se puede saber en cuál de estas casas vive usted, señorita Amelia?

—En la de la izquierda—respondió ella, señalando con el índice el hogar en el que vive.

—Válgame—dijo Fernando, con una expresión perpleja—. ¿Y cómo es que nunca la había visto pasar por estos rumbos? No estará mintiendo, ¿verdad?

—¿Tengo cara de mentirosa? Además, le recuerdo que estoy en mi derecho de ir para mi casa cuando yo quiera.

—Puede ser. Pero da la casualidad de que usted está bajo mi cuidado, y le recuerdo que, hasta que se reponga por completo de sus piernas, usted no podrá hacer cualquier cosa. El médico dijo que no debe de hacer demasiados esfuerzos.

—Estúpido médico.

—Por el momento se quedará en mi casa.

—Ah chinga. ¿Y por qué en la suya? No me va a violar, ¿cierto?

—Ay mi vida, sería lo último que haría. Además, no eres mi tipo ni esta es la ocasión perfecta para eso. Sólo necesitaré que me pueda dar la llave de su casa para proporcionarle todo lo que necesite de allí.

—¿Sabes que podría demandarte y acusarte además de secuestro e intento de asesinato?

—Sé que puede hacer muchas cosas. Pero, por favor, lo único que le pido es que mantenga la calma y no haga tonterías y media, al menos, en mi presencia. ¿De acuerdo?

Una vez dentro de la casa de Fernando, los dos siguieron platicando.

—Esta es mi casa. Muy interesante, ¿no?

—No tanto como la mía, señor—respondió ella, a la vez que sostenía una expresión de fascinación por lo muy bien decorado de aquellos interiores. Los muebles estratégicamente acomodados, el piso limpio y reluciente, y allí adentro se respiraba un ambiente agradable con olor a roble fresco—. Ya me quisiera levantar de esta maldita silla de ruedas—decía Amelia, fastidiada no sólo de estar allí sentada, sino de la situación en la que se encontraba ahora: Convaleciente, impotente y atada a una silla. Si tan sólo pudiera levantarse e irse de allí. Además, se sentía rara y temerosa dentro de aquel enorme espacio diseñado para un hombre soltero, como Fernando.

Deseó darse una ducha, y se preguntaba cómo dárselo. ¿Se lo daría estando sentada? ¿O cómo le haría para cumplir con esa satisfacción personal?

—Quisiera bañarme—lo dijo al fin.

—¿Quieres bañarte?—contestó Fernando, a la vez que observaba a la chica con todo y silla de ruedas. Y añadió: —Puedes utilizar mi baño. El único problema es que sólo tengo artículos de hombre. Tendrías que traer tus propias cosas, a menos que quieras usar mi jabón, mi shampoo y mis toallas para secar.

—No. Tendría que traer las mías, aunque lo de las toallas... ¿Al menos están limpias?

—Normalmente sí, aunque últimamente no he mandado lavarlas, por lo que están un poco percutidas.

—¡¡¡IIUUUGH!!!—expresó despectivamente su asco ante la sola idea de imaginarse asearse allí, usando las cosas de aquel chico y, encima de todo, secarse con la toalla usada de un hombre—. Mejor traigo hasta la toalla.

—Está bien, si es lo que quieres.

—También desearía irme a mi casa a asearme.

—Temo que eso no se va a poder, Amelia.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

